TOMA PATRIMONIAL
TRAYECTORIAS

Los contenidos de este producto editorial se basan en las conversaciones con habitantes del barrio Moravia, Nuevo Occidente, Pedregal Bajo y Villa Niza; sus relatos hablan de diversidad de lugares y de miradas, dibujan Trayectorias y develan una ciudad dinámica, palpitante y contradictoria.

Les agradecemos la generosidad con la que nos compartieron sus historias.

Magnecio Cañola
Walter Álvarez Rojas
Luisa Rico
Francisco Javier Ramirez
Soranyi Arconeri Holguín
Miller Alexis Jaramillo
Yehifer Iván Guisao
Yohaly Leal

Las trayectorias son como un péndulo, producen un movimiento constante entre las geografías que nos habitan. Entonces sabemos que nunca dejamos un lugar para siempre. Allí donde menos lo creemos, en el beat de un reguetón, en el sabor de la empanada caliente, en el olor de la quebrada que corre, el lugar de origen se hace presente como un referente para descubrir el mundo, la medida de los espacios y los recuerdos. Así, el lugar de origen viaja tranquilo, con y en nosotros, para revelarse nostálgico cuando menos lo esperamos

Como la trayectoria es siempre un llamado a la acción, en esta versión de la Toma Patrimonial creemos que las trayectorias se componen de verbos: recorrer, permanecer, transformar y
descubrir, palabras que nos introducen a los universos narrativos de los personajes que compartieron con nosotros el origen y destino de los caminos que transitan.

RECORRER

MAGNECIO

Se llama Magnecio como su abuelo y como otros antecesores de la descendencia Cañola, proveniente de Urrao y asentada después en el Alto Baudó, Chocó. El tiempo allí fue poco. Cuando el calendario marcó el año 1972, la familia se despidió con nostalgia del río para encerrar los sueños de una vida mejor en un pequeño cuarto del barrio Zamora. Un cuarto donde vivían siete niños y dos adultos. Entonces la madre, que siempre tomó las decisiones importantes, decidió que no valía la pena pagar arriendo a cambio de tanta incomodidad. Contra la voluntad del esposo compró en Moravia un lote a crédito por $2.500 pesos, donde construiría el rancho que sería, desde entonces hasta ahora, hogar y refugio para todos.

"Yo me considero guerrero en la vida, yo trabajé en el basurero, para poderle ayudar a mi madre a mis hermanos - Mi papá era de la política que él le iba a dar estudio a sus hijas mujeres, a los hombres no, entonces salía de la escuela que era un rancho de madera, me vestía y me iba para el basurero a trabajar. Ya en los años 80 ya empezó la basura, y se formó la cooperativa recuperar y empezó el trabajo formal - Yo trabajé en Recuperar unos 6 o 7 años"

Magnecio trabajó también en la Terminal del Transporte del Norte, en la Fábrica de Licores de Antioquia. Muchos lugares recorridos pero pocas oportunidades reales de progreso. Así que Medellín se quedó pequeña ante el espíritu inquieto de Magnesio, que necesitaba descubrir el mundo más allá de las montañas. Recorrió La Guajira, los Llanos Orientales, la costa caribe. Después el país mismo no fue suficiente y empezó su periplo por Venezuela, Ecuador, España y Suecia. Al igual que Maqroll el gaviero, el personaje nómada del escritor Álvaro Mutis, Magnesio entendió que era de muchas partes y de ninguna al mismo tiempo.

Por eso Medellín se convirtió en una estación añorada con nostalgia, sobre todo en los días gélidos del invierno europeo; la parada de un viaje, que por ahora no tiene un destino fijo. Cuando habita otras latitudes extraña a su familia porque “cuando uno está afuera extraña hasta la cantaleta”. Extraña también la intensidad del sol y las fiestas donde él se luce preparando recetas para su mamá y sus hermanos. Por ahora Medellín es el lugar de residencia, pero los planes que está haciendo podrían llevarlo hasta Canadá o de regreso a España. Magnecio ahora que sabe que no importa exactamente hacia dónde se dirija, el movimiento es el camino.

Magnecio tuvo muchos empleos, muchos lugares recorridos pero pocas oportunidades reales de progreso. Así que Medellín se quedó pequeña ante su espíritu inquieto, que necesitaba descubrir el mundo más allá de las montañas, y el país mismo no fue suficiente, de este modo empezó su periplo por Venezuela, Ecuador, España y Suecia. Al igual que Maqroll el gaviero, el personaje nómada del escritor Álvaro Mutis, Magnesio entendió que era de muchas partes y de ninguna al mismo tiempo.

Por eso Medellín se convirtió en una estación añorada con nostalgia, sobre todo en los días gélidos del invierno europeo. Cuando habita otras latitudes extraña a su familia, extraña también la intensidad del sol y las fiestas donde él se luce preparando recetas para su mamá y sus hermanos. Por ahora Medellín es el lugar de residencia, pero los planes que está haciendo le confirman que no importa exactamente hacia dónde se dirija, el movimiento es el camino.

WALTER

A sus 24 años Walter entiende la contundencia de las pérdidas. Ha despedido ya a su madre y a su abuela, a los amigos de la niñez, al barrio de la infancia. En medio de las ausencias, Walter ha descubierto también el poder de lo que permanece y lo acompaña, como el recuerdo inspirador de su mamá, como los pasos de breakdance, como la fuerza de imaginar y trabajar por un deseo hasta conseguirlo.

"Recuerdo que al frente de la última casa que vivimos en Moravia había unas jardineritas, de esas que hicieron por el Parque Lineal La Bermejala, y una vez encontré sentada a mi mamá dibujando una casa. Ella me dijo: "mijo estoy dibujando la casa de mis sueños". Entonces ella en su habilidad, que no era mucha porque no tuvo mucha educación, la dibujó. Era una casa muy sencilla pero tenía mucho poder ese dibujo, irradiaba mi mamá mera energía en ese momento.

Después ella empezó a hablar que se iba a meter al subsidio del gobierno, que para la casa, que con ISVIMED y ella poco a poco fue como enfocando toda su energía en eso. Mi mamá era independiente, una guerrera.Entonces todo fue muy demorado, pero sí fue posible. Es un recuerdo muy lindo que me dejó mi mamá ver su enfoque de tener un lugar para todos nosotros".

Este recuerdo, guardado por muchos años, es evocado ahora desde Ciudadela Nuevo Occidente, donde llegó para habitar un apartamento propio con sus hermanas y sus sobrinas. Allí agradece la protección de los árboles y la frescura de un ambiente que lo acerca a la vida del campo. Pero sobre todo agradece el cumplimiento del sueño por el que trabajó incansablemente su mamá, quien vio este apartamento como un regalo para una vida mejor.

PERMANECER

LUISA

La familia de Luisa Rico habita la vereda Pedregal Bajo, en el corregimiento de San Cristóbal, hace más de 100 años. Allí se estableció su bisabuelo Juan Antonio Muñoz, así lo hicieron sus hijos, nietos y descendientes quienes han poblado este lugar desde días lejanos, cuando "todo eran mangas" y las casas se construían con bahareque.

Seguir la trayectoria de Los Muñoz es simple, porque inicia y termina en Pedregal Bajo, donde todos son primos o conocidos desde que se tiene memoria. La familia es amplia y no tiene que ver exclusivamente con el parentesco. Gracias al amor de la vecindad, la abuela de Luisa es la abuela de toda la vereda, y su casa la sede social para reuniones, novenas y sancochos bailables donde todos son bienvenidos.

El sentido de comunidad, tan propio de su historia campesina permanece. Sin embargo, hoy Pedregal Bajo parece más un barrio citadino porque su espacio y sus dinámicas se han ido transformando. En el horizonte ya no se divisan las mangas interminables y los charcos, en su lugar están los edificios que hacen parte de la Ciudadela Nuevo Occidente el proyecto urbanístico que recibió a centenares de familias reasentadas por el Macroproyecto de Moravia.

“Todo lo que tú ves al frente eran zonas verdes y entonces ahí fue donde pasamos la niñez y teníamos el charco de Memo y teníamos la cancha y la manga para ir a coger moritas. Este siempre fue un espacio muy natural, muy familiar y pues con la llegada de los nuevos edificios fue muy complejo porque no hubo un ejercicio así de les voy a socializar, o les voy a contar, nada; sino que de un momento a otro empezaron a parar edificios y edificios... Los cambios a nivel social, a nivel de infraestructura, han sido muy, muy grandes.”

PACHO

Francisco Javier Ramirez, con su mirada tranquila y su sonrisa amplia, dispuesta para todo aquel que pase por el frente de su vivero, es un hombre que ha vivido diferentes facetas de esta ciudad. Él nos conecta con historias de lucha permanente por el territorio, por tener una casa y un lugar digno para toda su familia. Su historia es contada con una sinceridad que se agradece y que te lleva a los rincones de las vivencias de este apasionado por las ciclas, los corotos y por la vida misma. Es también un caso no resuelto, perdido en procesos institucionales que poco o nada tienen de humanos y que nos enseña que en ocasiones permanecer es obligatorio, porque no quedan más opciones.

“ Hacia el 2000 -2005 viene el plan de ordenamiento y ya empiezan las negociaciones para reubicar las familias que vivían en esta zona del morro. Mucha gente aprovechó para hacerse a un apartamento, se postularon para un apartamentico y según el grupo familiar se acomodan ahí. Mi familia en ese momento éramos 11 personas. Uno se podía postular para un apartamento o para una casa usada. Yo me postulé para casa usada... ”

"Las casas que ellos me mostraban no servían... por ejemplo una quedaba al pie de una quebrada que el mero sonido, no era para una persona decir que se iba a acostar y podía dormir tranquilo... En Robledo me mostraron una casa que eso era el problema para llegar allá: Usted llegaba a la vía principal y de ahí se metía por un callejón como de 80 cm de ancho... de ahí empezar a descolgar hacia abajo por unas escalas, llegaba uno a la casa y detrás de la casa lo que pasaba era una quebrada que eso sonaba horrible... Mejor dicho, si esto acá es alto riesgo, no sé cuál sea el riesgo de eso allá... Mejor dicho a esa entidad no le duele y no le interesa donde uno quede y eso fue lo que hicieron con mucha gente(...) Pero los que luchamos el barrio, no nos daba para decir: venga le entrego mi casa y métame a ese hueco".

Después de un largo camino donde hay factores familiares, sociales y económicos, Francisco y su familia entregaron su casa. Hoy después de más de 9 años de no tener vivienda propia y no haber sido ni reubicados, ni indemnizados, siguen a la espera de una solución, sigue en ellos la pregunta latente por el futuro y por quién o quienes deben responder ante su caso. "

TRANSFORMAR

SORANYI

Soranyi es una mujer que conoce a profundidad el significado de la palabra transformación. Su historia se conecta no sólo con los relatos que esconde la ciudad de ella misma, sino que también nos conecta con esas historias de mujeres valientes que están transformando estructuras sociales que han normalizado el maltrato. Es por esta razón que sus Trayectorias, nos hablan de lugares físicos, pero también de los lugares simbólicos y de esos relatos personales que nos demuestran que en la vida sólo el cambio es permanente.

Soranyi Arconeri Holguín a excepción de una corta estancia en en el Barrio Las Camelias, pasa la primera parte de su vida en las lomas del barrio París, límite entre Medellín y Bello en la zona noroccidental. De allí, por motivos relacionados con las múltiples violencias que cruzan nuestra ciudad , Soranyi y su familia se ven obligados a dejar París y llegar al barrio Moravia en el año 1994.

"Cuando llegué a Moravia estábamos muy apeñuscados mi tía nos dijo que hiciéramos un rancho en la parte de atrás y allá construyó mi mamá... Y ella me dijo que hiciera el segundo piso para que viviera con mi hijo y dejara de estar rodando por ahí... para hacer el segundo piso encima del rancho de mi mamá me tocaba tumbar todo el primer piso... eso hice y gracias a eso, pues, ahora tengo mi apartamento acá en Nuevo Occidente...

El sentimiento de ser desplazada, es algo que marca la vida misma, que amplía la mirada y que definitivamente ayuda a definir de manera más contundente lo que significa vivir una ciudad como Medellín.

Cuando yo llegué a Moravia... y yo nunca me imaginé eso de vivir la situación de estar desplazada. Yo dejé todo tirado arriba (barrio París) porque no me atreví a subir por nada, a mí se me perdió todo: el resto de ropa, todo lo que mi abuela me había dejado, la casa de mi abuela... ¡todo! Uno pierde todo y llega a una parte a empezar de cero. Y lo mismo me pasó en el 2014 que me tocó devolverme para Los Álamos (...)

En esta ocasión busqué la forma de solucionar el problema y me devolví para mi casa, pero es muy duro uno estar estable en una parte y de un momento a otro tenerse que ir... eso yo no se lo deseo a nadie.

Empezar de nuevo a veces significa dolor, nostalgia y miedo, pero otras veces es sólo la posibilidad de tener nuevos horizontes,

Cuando empezaron a decirnos que nos iban a sacar de Moravia para Nuevo Occidente yo al principio no creía, yo decía: ¿qué nos van a sacar?... ¿si va a haber casa para tanta gente? porque yo veía que entre más días Moravia estaba más poblado, con casas de 2, 3, 4 pisos. Sinceramente yo pensé que se me iba a pasar. Cuando verdaderamente sí vi que nos iban a traer, esa noche ni dormí.

YHOALY

Yhoaly dejó hace tres años Guanare, a seis horas de Caracas, Venezuela. Desde allá salió con su esposo, llena de maletas y moldes de repostería para buscar una vida posible en Medellín. Con memoria fotográfica ella narra las estaciones de un viaje que los llevó primero a San Cristóbal y luego a la ciudad elegida como destino, donde se instalarían en el barrio Campoamor para empezar su vida en Colombia.

"Cuando yo salí no estaba tan duro emigrar. Vendimos muchas de las cositas que teníamos para pagar el pasaje y llegar hasta acá. Cuando llegamos pagábamos 420.000 por una habitación que solo tenía una cama, un televisor y un closet pequeñito. Como no había cocina duramos 15 días comiendo pan con atún. Luego nos pasamos a una residencia donde se podía cocinar, pero para lograrlo había que levantarse a las 4 o 5 de la mañana porque éramos como 20 en el edificio. Me acuerdo que yo solo tenía una paila que quedó negra porque ahí hacía todo. Así que cuando empecé a trabajar lo primero que me compré fue una parrilla para las arepas".

El sabor de la arepa caliente la hace sentir cerca de su hogar, un hogar que extraña porque allá se quedaron los abuelos, los vecinos y los domingos en el campo cerca a los llanos. Sin embargo, como resultado del éxodo migratorio que vive su país, ahora tiene familia en Perú y en Argentina, una separación física que los ha llevado a valorar la simpleza de la vida cotidiana.

"Las familias se han dividido físicamente, pero esa distancia ha unido mucho a las familias venezolanas, hermanos que no hablaban ahora se hablan, como era mi caso. Esto que nos está pasando nos ha hecho valorar más lo que teníamos: la familia, el agua, la luz, la comida porque aquí todo te cuesta mucho".

A pesar de la nostalgia Yhoaly siente que tomó una buena decisión al instalarse en Medellín. Hoy vive en Moravia, un barrio que le gusta porque parece "un centro chiquito" donde trabaja como manicurista y como repostera, aprovechando las recetas familiares que prepara por encargo. La posibilidad del regreso es lejana, por eso la familia se ha esforzado por hacer una vida en la ciudad de Medellín, un lugar que los ha recibido con amabilidad en medio de todo lo que implica convertirse en migrante fuera de su propio país.

DESCUBRIR

MILLER

Miller Alexis, un joven inquieto, con una visión clara de lo que significa vivir en comunidad dignamente, es el nodo central desde el cual nos hemos acercado a la familia Jaramillo Sánchez reubicada del barrio Moravia a la ciudadela Nuevo Occidente en el año 2007. Él encarna en sí mismo sus trayectorias, y en medio de todos los retos impuestos por una ciudad desigual y profunda que pocos quieren ver a los ojos, Miller tiene un halo de esperanza para mirar el futuro, y guarda en sus palabras comprensión y amor para entender el pasado.

"La vida nos cambió del todo inicialmente, desde lo positivo una entaja era que ya no nos mojábamos. Por ejemplo, a veces se movía el techo en Moravia y nos mojábamos, ya aquí había como más seguridad en esa estructura...estábamos un poco mejor. El asunto positivo de estar mejor, de vivir mejor y tener otro punto de partida como para empezar a hacer cosas diferentes.
El asunto de la lejanía era complicado porque ya había que pensar en uno o más pasajes para llegar al lugar donde tenía que ir a trabajar, mientras que en Moravia si uno no tenía con qué ir al centro uno se podía ir a pie y cosas así por el estilo. El asunto del trabajo por ejemplo, era complicado porque vivía muy lejos, era como cerrado ese aspecto"

Las condiciones de reubicación no solo trae añoranzas, y rompimiento de lazos vecinales, también consigo lleva un nuevo modelo económico, y una versión no vista de la ciudad que nos ha albergado durante toda la vida. Carlos Arturo Jaramillo, padre de Miller, nos muestra un panorama del rebusque cotidiano, y de las implicaciones de pasar del centro de la ciudad a sus periferias.

"Yo estaba muy amañado en Moravia por muchos recuerdos y porque el Oasis es un barrio muy central y la vida en Moravia era como más fácil que acá, porque honestamente cuando yo estaba desempleado, no tenía un pasaje para ir a buscar empleo yo me organizaba y me venía caminando hasta el centro y era más central. En cambio aquí, ¡uno se baja, pero creo que uno no sube!
A veces los buses se tiran más de una hora para subir hasta acá, es como usted bajar del Centro a Girardota..."

Para Carlos Arturo la reubicación es como una lotería, como la vida misma, nunca se sabe qué se puede encontrar a la vuelta de la esquina...

"Eso es como se dice con la lotería, es como una jugada, una lotería si estás afortunado te quedas y ganas, si estás de malas te quedas y perdés todo, así, así fue esto: como un sorteo".

YEHIFER

Moravia le trae recuerdos y nostalgias, por eso cuando visita el barrio insiste en ir hasta el Morro, al lugar exacto donde era su casa, para observar desde ahí la Estación Caribe y la Terminal del Norte, un paisaje que miró muchas veces desde el segundo piso de su casa hecha en madera, cuando era un niño preocupado solo por hacer columpios que desafiaran todas las leyes de la física.

"Mis abuelos ya tenían casa pues acá en Moravia y nosotros estuvimos un tiempo allá, como no teníamos casa rotamos varias veces de familiar en familiar, hasta que empezamos a vivir en El Oasis. De ahí cuando tenía seis años nos pasamos al Morro, mi mamá compró esa casa. Era una casa de madera de dos pisos, abajo había 2 habitaciones que nosotros arrendábamos. Era una casa donde ya había habido un incendio porque algunos de los palos estaban tiznados, pero mi mamá quería una casa y se metió allá".

Yehifer habla de ese tiempo como una época bonita pero también traumática. Por eso los recuerdos de la vida en el Morro son contrastantes: en medio de la alegría de los juegos con la arena y los colchones viejos que amortiguaron las caídas de los columpios, aparece con fuerza la evocación de la imagen del hombre que llevaban a rastras por el frente de su casa contra los vidrios y las piedras del camino mientras pedía auxilio, y del cual nunca se pudo saber cuál fue su destino. Aunque era un niño, podía percibir la latencia del miedo y la violencia, que también eran parte de su barrio.

Además estaban las condiciones de la casa que había empezado a hundirse en medio de un terreno inestable y el viento frío que se colaba siempre por las rendijas de la madera. Así que cuando se empezó a hablar de la posibilidad de una reubicación porque la casa estaba en un lugar de alto riesgo, la familia no tuvo que pensarlo mucho.

"Cuando empezaron con los apartamentos en Pajarito, mi madre no quería, mi padre tampoco. Empezamos a buscar lo que era una casa pero mi madre iba a las visitas porque ya tenían unas casas dispuestas para las personas. Con ninguna de las casas que nos ofrecieron nos acomodamos, hasta que mi mamá empezó a buscar por su parte y encontró una en Villa Niza".

Yehifer crea imágenes poderosas con sus recuerdos. Habla de la fila de volquetas esperando en La Paralela para recoger todo lo que las familias podían llevarse, una alternativa que ellos no tomaron porque su madre ahorró para pagar un trasteo aparte. En este caos del éxodo colectivo aparecen los esqueletos de las casas abandonadas por sus dueños, donde Yehifer y sus hermanos jugaban a crear nuevas casas, mientras llegaba su turno de irse.

El 19 de julio de 2008 se despidieron de Moravia para llegar a Villa Niza a una casa que se ha transformado mucho en estos años gracias al trabajo familiar. Aunque inicialmente no fue sencillo el proceso de adaptación a este nuevo barrio, Yehifer reconoce que finalmente el cambio les permitió mejorar sus condiciones de vida y obtener una renta con la construcción de dos apartamentos en el tercer piso de la casa.

Investigación y textos:
Juliana Paniagua Arroyave
Mónica Saldarriaga Ocampo

Enlaces comunitarios:
Gloria Ospina
Orley Mazo

Fotografías:
Cristían Torres Holguín

Ilustraciones y diseño editorial:
Johanna Espinosa
Jharol Muñoz

MEMORAVIA

Centro de Desarrollo Cultural de Moravia
Convenio Comfenalco Antioquia
Alcaldía de Medellín